

EL DERRAMAMIENTO DEL ESPÍRITU SANTO

Volumen 1 – Sermón No. 201

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1858,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN THE MUSIC HALL, ROYAL SURREY GARDENS.**

***“Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos
los que oían el discurso.”
Hechos 10:44***

La Biblia es un libro de la Revelación de Dios. El Dios a quien los paganos buscaban ciegamente y a quien la razón busca a tientas en la oscuridad, se nos revela aquí claramente en las páginas de la autoría divina. Aquel que esté dispuesto a entender tanto de Dios como el hombre pueda saber, puede aprenderlo aquí si no es voluntariamente ignorante y voluntariamente obstinado. La doctrina de la Trinidad se enseña especialmente en las Sagradas Escrituras. La palabra ciertamente no aparece, pero las tres Divinas Personas del Dios Único se mencionan frecuente y constantemente. La Sagrada Escritura es sumamente cuidadosa para que todos recibamos y creamos esa gran verdad de la religión cristiana: que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios, que el Espíritu es Dios, y, sin embargo, no hay tres Dioses sino un solo Dios. Aunque cada uno de ellos es Dios verdadero de Dios verdadero, sin embargo, tres en uno y uno en tres es el Jehová a quien adoramos.

Notarás en las obras de la Creación, cuán cuidadosamente las Escrituras nos aseguran que las tres Personas Divinas tomaron su parte. “En el principio Jehová creó los cielos y la tierra”. Y en otro lugar se nos dice que Dios dijo: “Hagamos al hombre”, no una Persona, sino las tres tomando consejo entre sí con respecto a la creación de la humanidad. Sabemos que el Padre ha puesto los cimientos, y fijado esos sólidos rayos de luz sobre los que se sustentan los arcos azules del cielo, pero sabemos con igual certeza que Jesucristo, el Logos eterno, estaba con el Padre en el principio y “sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”.

Además, tenemos la misma certeza de que el Espíritu Santo tuvo que ver con la Creación, porque se nos dice que “la tierra estaba desordenada y vacía y las tinieblas estaban sobre la faz de la tierra. Y el Espíritu del Señor se movía sobre la faz de las aguas”. Y volando con Sus alas de paloma, sacó del huevo del caos esta cosa poderosa, el hermoso mundo redondo.

Tenemos la misma prueba de las tres Personas en la Deidad en el asunto de la Salvación. Tenemos abundante prueba de que Dios Padre escogió a Su pueblo desde antes de la fundación del mundo, que Él inventó el plan de salvación y siempre ha dado Su consentimiento libre, voluntario y gozoso para la salvación de Su pueblo.

Con respecto a la parte que el Hijo tuvo en la salvación, eso es bastante evidente para todos. Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, se encarnó en un cuerpo mortal, fue crucificado, muerto y sepultado, descendió al Hades; al tercer día resucitó de entre los muertos, ascendió al Cielo. Está sentado a la diestra de Dios, donde también intercede por nosotros. En cuanto al Espíritu Santo, tenemos pruebas igualmente seguras de que el Espíritu de Dios obra en la conversión, porque en todas partes se dice que somos engendrados del Espíritu Santo. Continuamente se declara que a menos que un hombre nazca de nuevo de lo alto, no puede ver el reino de Dios.

Todas las virtudes y gracias del cristianismo se describen como frutos del Espíritu, porque el Espíritu Santo hace en nosotros desde la primera hasta la última obra, y realiza lo que Jesucristo ha obrado de antemano por nosotros en su gran redención, que también Dios el Padre ha diseñado para nosotros en Su gran plan de predestinación para salvación.

Ahora bien, es a la obra del Espíritu Santo a lo que esta mañana dirigiré especialmente su atención. Y también puedo mencionar la razón por la que lo hago. Es esto: hemos recibido continuamente nuevas confirmaciones de la buena nueva de un país lejano que ya ha alegrado el corazón de muchos del pueblo de Dios. En los Estados Unidos de América ciertamente hay un gran despertar. Ningún hombre cuerdo que viviera allí podría pensar en negarlo. Puede haber algo de excitación espuria mezclada con ello, pero ese bien, un bien duradero, se ha logrado, ningún hombre racional puede negarlo.

Doscientas cincuenta mil personas, es decir un cuarto de millón, profesan haberse regenerado desde diciembre pasado, han hecho profesión de fe, y se han unido a diferentes sectores de la Iglesia de Dios. La obra todavía progresa, si acaso, a un ritmo más rápido que antes y lo que me hace creer que la obra es genuina es precisamente esto: que los enemigos del santo Evangelio de Cristo están extremadamente enojados con ella. Cuando el diablo ruge ante cualquier cosa, puede estar seguro de que hay algo bueno en ello. El diablo no es como algunos perros que conocemos, nunca ladra a menos que haya algo a lo que ladrar. Cuando Satanás aúlla, podemos estar seguros de que tiene miedo de que su reino esté en peligro.

Ahora bien, esta gran obra en América ha sido causada manifiestamente por el derramamiento del Espíritu, porque ningún ministro ha sido un líder en ella. Todos los ministros del Evangelio han cooperado en ello, pero ninguno de ellos ha estado en la vanguardia. Dios mismo ha sido el líder de sus propias huestes.

Comenzó con un deseo de oración. El pueblo de Dios comenzó a orar. Las Reuniones de Oración fueron más concurridas que antes. Entonces se propuso realizar reuniones en horarios que nunca habían sido reservados para la oración, que también fueron muy concurridos. Y ahora, en la ciudad de Filadelfia, a la hora del mediodía todos los días de la semana, siempre se pueden ver tres mil personas reunidas para orar en un solo lugar.

Los hombres de negocios, en medio de su fatiga y trabajo, encuentran la oportunidad de correr hasta allí y ofrecer una palabra de oración para luego regresar a sus ocupaciones. Y así, en todos los Estados, se han convocado Reuniones de Oración, en mayor o menor número, y ha habido oración real. Pecadores más allá de toda cuenta, se han levantado en la Reunión de Oración y han pedido al pueblo de Dios que ore por ellos, haciendo así público al mundo que tenían un deseo por Cristo. Se ha orado por ellos y la Iglesia ha visto que Dios verdaderamente escucha y contesta la oración.

Me parece que los ministros unitarios por un tiempo no se dieron cuenta de ello. Theodore Parker gruñe y delira tremendamente, pero evidentemente está en un laberinto. No comprende el misterio y actúa con respecto a él como se dice que los cerdos hacen con las perlas. Mientras la Iglesia se encontraba dormida y haciendo muy poco, el sociniano podía darse el lujo de pararse en su púlpito y burlarse de cualquier cosa que se pareciera a la religión evangélica, pero ahora que ha habido un despertar, parece un hombre que acaba de despertarse del sueño. Él ve algo, no sabe lo que es. El poder de la religión es precisamente lo que siempre desconcertará al Unitario, porque él sabe muy poco acerca de eso.

No le sorprende mucho la forma de la religión, porque hasta cierto punto él mismo puede respaldarla. Pero el sobrenaturalismo del Evangelio, el misterio, el milagro, el poder, la demostración del Espíritu que viene con la predicación es lo que tales hombres no pueden comprender. Miran y se asombran y luego se llenan de ira, pero aun así tienen que confesar que hay algo allí que no pueden comprender, un fenómeno mental que está mucho más allá de su filosofía, algo que no pueden alcanzar con toda su ciencia, ni comprender con toda su inteligencia ni con toda su razón.

Ahora, si tenemos el mismo efecto producido en esta tierra, lo único que debemos buscar es el derramamiento del Espíritu Santo. Pensé, tal vez, esta mañana al predicar sobre la obra del Espíritu Santo, que el texto podría cumplirse: "Al que me honra, yo lo honraré". Mi deseo sincero es honrar al Espíritu Santo esta mañana y si a Él le complace honrar a Su Iglesia a cambio, a Él sea la gloria para siempre.

"Mientras aún hablaba Pedro estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso". En primer lugar, me esforzaré por describir la forma de operación del Espíritu. En segundo lugar, la absoluta necesidad de la influencia del Espíritu Santo si queremos ver a

los hombres convertidos. En tercer lugar, sugeriré las formas y los medios por los cuales, bajo la gracia divina, podemos obtener un derramamiento similar del Espíritu sobre nuestras Iglesias.

En primer lugar, entonces, me esforzaré por explicar **LA FORMA DE OPERACIÓN DEL ESPÍRITU SANTO**. Pero déjame cuidarme de ser malinterpretado. Podemos explicar lo que hace el Espíritu, pero cómo lo hace, ningún hombre debe pretender saber. La obra del Espíritu Santo es el misterio peculiar de la religión cristiana. Casi cualquier otra cosa es clara, pero esto debe seguir siendo un secreto inescrutable en el que sería un error que intentáramos entrometernos. ¿Quién sabe dónde se conciben los vientos? Quién sabe, pues, cómo obra el Espíritu, porque es como el viento. "El viento sopla donde quiere y oyes su sonido, pero no puedes saber de dónde viene ni adónde va. Así es todo aquel que es nacido del Espíritu".

En la Sagrada Escritura se mencionan ciertos grandes secretos de la naturaleza como paralelos a la obra secreta del Espíritu. La procreación de los niños se ejemplifica como una maravilla paralela, porque no conocemos su misterio. Cuánto menos, pues, esperaremos conocer ese misterio más secreto y escondido del nuevo nacimiento, y nueva creación del hombre en Cristo Jesús. Pero que nadie se asombre ante esto, porque son misterios en la naturaleza, el hombre más sabio te dirá que hay profundidades en la naturaleza en las que no puede sumergirse y alturas en las que no puede remontarse.

Quien pretende haber desenredado el nudo de la creación se ha equivocado. Puede que haya cortado el nudo por su tosca ignorancia y por sus necias conjeturas, pero el nudo mismo debe permanecer más allá del poder del hombre para desenredarlo, hasta que Dios mismo explique el secreto. Hay cosas maravillosas que, hasta ahora, los hombres han tratado de conocer en vano. Quizá descubran muchas de ellas, pero nadie puede saber cómo actúa el Espíritu.

Pero ahora deseo explicar lo que hace el Espíritu Santo, aunque no podemos decir cómo lo hace. Considero que la obra del Espíritu Santo en la conversión es doble. Primero es un despertar de las capacidades que el hombre ya tiene. En segundo lugar, es una implantación de capacidades que nunca tuvo.

En la gran obra del nuevo nacimiento, el Espíritu Santo despierta ante todo las facultades mentales. El Espíritu Santo nunca da a ningún hombre nuevas facultades mentales. Tomemos por ejemplo la razón, el Espíritu Santo no da razón a los hombres, porque ellos tienen razón antes de su conversión. Lo que hace el Espíritu Santo es enseñar nuestra razón, la razón correcta. Él pone nuestra razón en el camino correcto, para que podamos usarla con el elevado propósito de discernir entre el bien y el mal, entre lo precioso y lo vil.

El Espíritu Santo no le da al hombre una voluntad, porque el hombre tiene una voluntad antes, pero Él libera la voluntad que estaba esclava de Satanás para el servicio de Dios. El Espíritu Santo no le da al hombre el poder de pensar, o el sistema de la creencia, porque el hombre tiene el poder de creer o pensar en lo que se refiere al acto mental, pero Él le da a esa creencia que ya existe una tendencia a creer lo correcto. Él le da al poder del pensamiento la propensión a pensar de la manera correcta para que, en vez de pensar irregularmente, comencemos a pensar como Dios quiere que pensemos y nuestra mente desee caminar en los pasos de la Verdad revelada de Dios.

Puede que haya aquí, esta mañana, un hombre de mayor entendimiento en las cosas políticas, pero su entendimiento está oscurecido con respecto a las cosas espirituales. No ve belleza en la Persona de Cristo, no ve nada deseable en el camino de la santidad. Elige el mal y abandona el bien. Ahora bien, el Espíritu Santo no le dará un nuevo entendimiento, sino que limpiará su antiguo entendimiento para que discierna entre las cosas que difieren y descubra que es una cosa pobre disfrutar "los placeres del pecado por un tiempo", y soltar un "eterno peso de gloria".

También habrá aquí un hombre que está desesperadamente en contra de la religión y no quiere venir a Dios, y hagamos lo que hagamos, no podemos persuadirlo para que cambie de opinión y se vuelva a Dios. El Espíritu Santo no hará una nueva voluntad en ese hombre, sino que cambiará su vieja voluntad. En lugar de estar dispuesto a hacer el mal, hará que tenga la voluntad de hacer lo correcto, hará que tenga la voluntad de ser salvo por Cristo, lo hará "dispuesto en el día de su poder". Recuerda, no hay poder en el hombre tan caído que el Espíritu Santo no pueda levantar, por más degradado que esté un hombre, en un instante, por el poder milagroso del Espíritu, todas sus facultades pueden ser limpiadas y purificadas. Se puede hacer que la razón de mal juicio juzgue correctamente. Voluntades fuertes y obstinadas pueden ser hechas para correr voluntariamente en los caminos de los Mandamientos de Dios. Los afectos malvados y depravados pueden en un instante volverse a Cristo y los viejos deseos que están manchados de vicio, pueden ser reemplazados por aspiraciones celestiales.

La obra del Espíritu en la mente es la remodelación de la misma. La nueva formación de la misma. No trae material nuevo a la mente, es en otra parte del hombre donde levanta una nueva estructura, sino que restaura la mente que se había desordenado a su condición apropiada. Él levanta las columnas que se habían derrumbado y erige los palacios que se habían derrumbado a tierra. Esta es la primera obra del Espíritu Santo sobre la mente del hombre.

Además de esto, el Espíritu Santo da a los hombres capacidades que nunca antes habían tenido.

Según la Escritura, creo que el hombre está constituido de una manera triple. Él tiene un cuerpo, por el Espíritu Santo, ese cuerpo es hecho el templo del Señor. Él tiene una mente, por el Espíritu Santo esa mente es hecha como un altar en el templo. Pero el hombre por naturaleza no es nada más alto que eso, él es mero cuerpo y alma. Cuando el Espíritu viene, le insufla un tercer principio superior que llamamos el espíritu. El Apóstol describe al hombre como hombre, "cuerpo, alma y espíritu". Ahora, si busca en todos los escritos de pensadores, encontrará que todos declaran que solo hay dos partes: cuerpo y mente, y tienen toda la razón, porque tratan con el hombre no regenerado. Pero en el hombre regenerado hay un tercer principio tan superior a la mera mente como la mente es superior a la materia animal muerta, ese tercer principio es aquel con el que el hombre ora. Es aquello con lo que él cree amorosamente, o más bien es lo que obliga a la mente a realizar sus actos. Es aquello que, operando sobre la mente, hace el mismo uso de la mente que la mente hace del cuerpo.

Cuando, después de desear caminar, hago que mis piernas se muevan, es mi mente la que las obliga. Y así mi espíritu, cuando deseo orar, obliga a mi mente a pensar en la oración y obliga también a mi alma. Así como el cuerpo sin alma está muerto, así el alma sin espíritu está muerta y una de las obras del Espíritu Santo es vivificar el alma muerta soplándole el espíritu ardiente. Como está escrito: "El primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente, pero el segundo Adán fue hecho Espíritu vivificante" y, "como hemos llevado la imagen del terrenal, así debemos llevar la imagen del celestial". Es decir, debemos tener en nosotros, si queremos ser convertidos, el espíritu vivificante, que es puesto en nosotros por Dios el Espíritu Santo.

Repito, el espíritu tiene poderes que la mente nunca tiene. Tiene el poder de la comunión con Cristo, que hasta cierto punto es un acto mental, pero no puede ser realizado por el hombre sin el espíritu más de lo que el acto de caminar podría ser realizado por el hombre, si estuviera desprovisto de una mente para sugerir la idea de caminar. El espíritu sugiere los pensamientos de comunión que la mente obedece y realiza. No, hay momentos, creo, en que el espíritu abandona por completo la mente, momentos en que nos olvidamos de todo lo terrenal y casi se deja de pensar, de razonar, de juzgar, de sopesar o de querer. Nuestras almas son como los carros de Aminadab, arrastrados rápidamente hacia adelante sin ningún poder de voluntad. Nos apoyamos en el seno de Jesús, y en divina rapsodia, y en celestial éxtasis, gozamos los frutos de la tierra de los benditos, y arrancamos los racimos de Escol antes de entrar en la tierra prometida.

Creo que les he expuesto claramente estos dos puntos. La obra del Espíritu consiste, en primer lugar, en despertar facultades ya poseídas por el hombre, pero que estaban dormidas y desordenadas. Y en siguiente lugar en dar al hombre poderes que no tenía antes. Y para simplificar esto a la mente más humilde, supongamos que el hombre es algo así como una máquina; todas las ruedas están fuera de servicio, los engranajes no chocan entre sí, las ruedas no giran regularmente, las varillas no actúan, el orden se ha ido.

Ahora bien, la primera obra del Espíritu Santo es poner estas ruedas en el lugar correcto, encajar las ruedas sobre los ejes, poner el eje correcto en la rueda derecha, luego poner rueda con rueda, para que interactúen entre sí. Pero esa no es toda Su obra. Lo siguiente es poner fuego y vapor para que estas cosas funcionen. Él no pone ruedas nuevas, Él pone ruedas viejas en orden, y luego pone la fuerza motriz que ha de mover todo. Primero, Él pone nuestras facultades mentales en su debido orden y condición. Luego pone un espíritu vivificante vivo, para que todos estos se muevan de acuerdo con la santa voluntad y la Ley de Dios.

Pero fíjense bien, esto no es todo lo que hace el Espíritu Santo. Porque si Él hiciera esto y luego nos dejara, ninguno de nosotros llegaría al Cielo. Si alguno de ustedes estuviera tan cerca del Cielo que pudiera oír a los ángeles cantando sobre los muros, si casi pudiera ver dentro de las puertas de perlas, aun así, si el Espíritu Santo no lo ayudara a dar el último paso, nunca entraría allí. Todo el trabajo es a través de Su operación Divina. Por lo tanto, es el Espíritu Santo quien mantiene las ruedas en movimiento y quien quita esa contaminación que, naturalmente engendrada por nuestro pecado original, cae sobre la máquina y la pone fuera de servicio. Él quita esto y mantiene la máquina funcionando constantemente sin daño, hasta que finalmente saca al hombre del lugar de profanación a la tierra de los benditos, una criatura perfecta, tan perfecta como lo era cuando salió del molde de su Hacedor.

Y debo decir, antes de dejar este punto, que toda la parte anterior de lo que he dicho se hace instantáneamente. Cuando un hombre se convierte a Dios, se hace en un momento. La regeneración es una obra instantánea. La conversión a Dios, fruto de la regeneración, ocupa toda nuestra vida, pero la regeneración misma se realiza en un instante. Un hombre odia a Dios, el Espíritu Santo le hace amar a Dios. Un hombre se opone a Cristo, odia Su Evangelio, no lo comprende y no lo recibe, el Espíritu Santo viene, pone luz en su entendimiento entenebrecido, quita las cadenas de su voluntad vendada, da libertad a su conciencia, da vida a su alma muerta, para que se escuche la voz de la conciencia, y el hombre se convierte en una nueva criatura en Cristo Jesús. Y noten que todo esto es hecho por la influencia sobrenatural instantánea de Dios el Espíritu Santo obrando como él quiere entre los hijos de los hombres.

2. Habiéndome detenido así en la forma de la obra del Espíritu Santo, pasaré ahora al segundo punto, LA ABSOLUTA NECESIDAD DE LA OBRA DEL ESPÍRITU PARA LA CONVERSIÓN. En nuestro texto se nos dice que, "Mientras Pedro hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso". Amados, el Espíritu Santo cayó sobre Pedro primero, de lo contrario no habría caído sobre sus oyentes. Es necesario que el predicador mismo, si hemos de tener almas salvas, esté bajo la influencia del Espíritu.

He orado constantemente para que el Espíritu me guíe incluso en las partes más pequeñas y menos importantes del servicio. Porque no podéis decir si la salvación de un alma puede depender de la lectura de un himno, o de la selección de un capítulo. Dos personas se han unido a nuestra Iglesia y han hecho profesión de convertirse simplemente a través de mi lectura de un himno: "Jesús, amado de mi alma".

No recordaban nada más en el himno, pero esas palabras les causaron una impresión tan profunda en la mente que no pudieron evitar repetirlas durante días después. Y entonces surgió el pensamiento: "¿Amo a Jesús?" Entonces consideraron qué extraña ingratitud era que Él fuera el amante de sus almas y, sin embargo, ellos no lo amaran.

Ahora creo que el Espíritu Santo me guio a leer ese himno. Y muchas personas se han convertido por algún dicho llamativo del predicador. Pero, ¿por qué el predicador pronunció ese dicho? Simplemente porque fue guiado hasta allí por el Espíritu Santo. Tengan por seguro, amados, que cuando alguna parte del sermón es bendecida a sus corazones, el ministro lo dijo porque se lo mandó decir su Maestro. Podría predicar hoy un sermón que prediqué el viernes y que fue útil en ese momento, pero podría no resultar bueno en absoluto ahora, porque podría no ser el sermón que el Espíritu Santo habría entregado hoy.

Pero si con sinceridad de corazón, he buscado la guía de Dios al seleccionar el tema y Él reposa en mí en la predicación de la Palabra, no hay temor, sino que se encuentre adaptada a sus necesidades inmediatas. El Espíritu Santo debe reposar sobre sus predicadores. Que tengan todo el conocimiento de los hombres más sabios y toda la elocuencia de hombres tales como Demóstenes y Cicerón; sin embargo, la Palabra no puede ser bendita para ustedes, a menos que primero todo el Espíritu de Dios haya guiado la mente del ministro en la selección de su tema y en la exposición del mismo.

Pero si Pedro mismo estuviera bajo la mano del Espíritu, eso fracasaría a menos que el Espíritu de Dios, entonces, cayera sobre sus oyentes. Y me esforzaré ahora por mostrar la absoluta necesidad de la obra del Espíritu en la conversión de los hombres.

Recordemos qué tipo de cosa es el trabajo y veremos que otros medios están completamente fuera de cuestión. Es bastante cierto que los hombres no pueden convertirse por medios físicos. La Iglesia de Roma pensó que podía convertir a los hombres por medio de ejércitos. Así que invadió países y los amenazó con la guerra y el derramamiento de sangre a menos que se arrepintieran y abrazaran su religión. Sin embargo, sirvió de poco y los hombres estaban preparados para morir antes que abandonar su fe. Por lo tanto, probó esas cosas hermosas: hogueras, potros de tortura, calabozos, hachas, espadas, fuego; con estas cosas esperaba convertir a los hombres.

Has oído hablar del hombre que trató de darle cuerda a su reloj con un pico. Ese hombre era extremadamente sabio comparado con el hombre que pensaba tocar la mente a través de la materia. Todas las máquinas que te gusta inventar no pueden tocar la mente. Habla acerca de atar las alas de los ángeles con mimbres verdes, o esposar a los querubines con cadenas de hierro, y luego habla acerca de entrometerse en las mentes de los hombres a través de medios físicos. Pues, las cosas no actúan, no pueden actuar. Todos los ejércitos del rey que alguna vez existieron y todos los guerreros vestidos con mallas, con todas sus municiones, nunca podrían tocar la mente del hombre. Ese es un castillo inexpugnable al que no se puede llegar por medios físicos.

Tampoco, de nuevo, el hombre puede ser convertido por argumento moral. "Bueno", dice uno, "creo que sí. Que un ministro predique con fervor y persuadirá a los hombres a convertirse". Ah, amados, es por falta de mejor conocimiento que lo dicen. Melanchthon pensó que sí, pero ya sabes lo que dijo después de intentarlo: "El viejo Adam es demasiado fuerte para el joven Melanchthon". Así lo encontrará todo predicador, si piensa que sus argumentos pueden alguna vez convertir al hombre. Déjame darte un caso paralelo. ¿Dónde está la lógica que puede persuadir a un etíope a cambiar de piel? ¿Con qué argumento puedes inducir a un leopardo a que renuncie a sus manchas? Así también para el que está acostumbrado a hacer el mal, aprenda a hacer el bien.

Pero si la piel del etíope cambia, debe ser por un proceso sobrenatural. Y si al leopardo se le quitan las manchas, lo hará el que hizo el leopardo. Así es con el corazón del hombre. Si el pecado fuera una cosa ab extra y externa, podríamos inducir al hombre a cambiarlo. Por ejemplo, puedes inducir a un hombre a dejar la embriaguez o las blasfemias, porque esas cosas no son parte de su naturaleza, él ha agregado ese vicio a su depravación original, pero el mal oculto en el corazón está más allá de toda persuasión moral. Me atrevo a decir que un hombre puede tener suficientes argumentos para inducirlo a ahorcarse, pero estoy seguro de que ningún argumento lo inducirá jamás a ahorcar sus pecados, a ahorcar su justicia propia, y a venir y humillarse al pie de la Cruz.

Porque la religión de Cristo es tan contraria a todas las propensiones del hombre que es como nadar contra la corriente para acercarse a ella. La corriente de la voluntad del hombre y el deseo del hombre es exactamente lo contrario de la religión de Jesucristo. Si quisiera una prueba de eso, con solo levantar mi dedo hay miles en este salón que se levantarían para probarlo, porque dirían: "Lo he encontrado así, señor, en mi experiencia. Odiaba la religión tanto como cualquier hombre. Desprecié a Cristo y a su pueblo. No sé hasta el día de hoy cómo es que soy lo que soy, a menos que sea la obra de Dios".

He visto correr lágrimas por las mejillas de un hombre cuando ha venido a mí para unirse a la Iglesia de Cristo. Él ha dicho: "Señor, me pregunto cómo es que estoy aquí hoy, si alguien me hubiera dicho hace un año que debería pensar como ahora pienso y sentir como ahora siento, lo habría llamado un necio nato por sus esfuerzos. Solía decir que nunca sería uno de esos metodistas hipócritas. Me gustaba pasar mi domingo en el placer y no veía por qué estar encerrado en la casa de Dios escuchando hablar a un hombre. Dije que la mejor Providencia del mundo era un buen par de manos fuertes, para cuidar lo que se tiene. Si algún hombre me hablara de religión, le hubiese dado un portazo en la cara y pronto lo hubiese sacado".

"Pero las cosas que amaba entonces, ahora las odio. Y las cosas que entonces odiaba, ahora las amo. No puedo hacer ni decir lo suficiente para mostrar cuán total es el cambio que se ha operado en mí. Debe haber sido obra de Dios. No podría haber sido trabajado por mí, estoy seguro. Debe ser Alguien más grande que yo mismo quien pueda así cambiar mi corazón". Creo que estas dos cosas son pruebas de que queremos algo más que la naturaleza, y dado que el organismo físico no lo hará, y la mera persuasión moral nunca lo logrará. Hay una necesidad absoluta del Espíritu Santo.

Pero de nuevo, si tan solo piensas un minuto cuál es el trabajo, pronto verás que nadie más que Dios puede lograrlo. En las Sagradas Escrituras se habla a menudo de la conversión como de una nueva creación. Si hablas de crearte a ti mismo, me sentiría obligado si primero crearas una mosca. Crea un mosquito. Crea un grano de arena, y cuando lo hayas creado, puedes hablar de crear un nuevo corazón. Ambos son igualmente imposibles, porque la creación es obra de Dios. Pero, aun así, si pudieras crear un grano de polvo, o incluso crear un mundo, no sería ni la mitad del milagro, porque primero debes encontrar algo que se haya creado a sí mismo. ¿Podría ser eso? Supongamos que no tuvieras existencia, ¿cómo podrías crearte a ti mismo? La nada no puede producir nada. Ahora bien, ¿cómo puede el hombre recrearse a sí mismo? Un hombre no puede crearse a sí mismo en una nueva condición, cuando no tiene ser en esa condición, sino que es, todavía, una cosa que no existe.

Luego, nuevamente, se dice que la obra de la creación es como la resurrección. "Estamos vivos de entre los muertos". Ahora bien, ¿pueden los muertos en la tumba resucitar por sí mismos? Que cualquier ministro que crea que puede convertir almas, vaya y levante un cadáver, que vaya y se pare en uno de los cementerios y ordene a las tumbas que abran bien sus bocas y dejen espacio para que despierten los que una vez fueron enterrados allí. Tendrá que predicar en vano. Pero si pudo hacerlo, ese no es el milagro, es que los muertos se levanten, que un cadáver inanimado encienda en su propio pecho la chispa de la vida de nuevo. Si la obra es una resurrección, una creación, ¿no te parece que debe estar más allá del poder del hombre? Debe ser obrado en él por nadie menos que Dios mismo.

Y todavía hay una consideración más y habré concluido este punto. Amado, incluso si el hombre pudiera salvarse a sí mismo, ¡quiero que recuerdes cuán reacio es a ello! Si pudiéramos hacer que todos nuestros oyentes estuvieran dispuestos, la batalla estaría completada. "Bueno", dice alguien, "si estoy dispuesto a ser salvo, ¿no puedo ser salvo?" Seguramente puedes, pero la dificultad es que no podemos hacer que los hombres estén dispuestos. Eso muestra, por lo tanto, que debe haber una restricción sobre su voluntad. Debe haber una influencia ejercida sobre ellos que no tienen en sí mismos, a fin de que estén dispuestos en el día del poder de Dios.

Y esta es la gloria de la religión cristiana. La religión cristiana tiene dentro de su propio corazón el poder de difundirse. No te pedimos que estés dispuesto primero. Venimos y les contamos las noticias y creemos que el Espíritu de Dios trabajando con nosotros los hará dispuestos. Si el progreso de la religión cristiana dependiera del asentimiento voluntario de la humanidad, nunca avanzaría ni una pulgada más, pero debido a que la religión cristiana tiene una influencia omnipotente interna que obliga a los hombres a creer en ella, es por lo tanto lo que es y debe ser triunfante. "hasta que como un mar de gloria se extienda de orilla a orilla".

3. Ahora concluiré presentando uno o dos pensamientos con respecto a **LO QUE DEBE HACERSE EN ESTE MOMENTO PARA HACER DESCENDER EL ESPÍRITU SANTO**. Es muy cierto, amados, si el Espíritu Santo quisiera hacerlo, que todo hombre, mujer y niño en este lugar podría convertirse ahora. Si a Dios, el Juez Soberano de todos, le agradara enviar Su Espíritu ahora, cada habitante de esta ciudad de un millón de habitantes podría ser llevado de inmediato a volverse al Dios viviente. Sin instrumentos, sin predicador, sin libros, sin nada, Dios tiene en Su poder convertir a los hombres.

Hemos conocido personas en sus negocios, sin pensar en religión en absoluto, a quienes se les ha inyectado un pensamiento en el corazón y ese pensamiento ha sido la madre prolífica de mil meditaciones, y a través de estas meditaciones han sido llevados a Cristo. Sin la ayuda del ministro, el Espíritu Santo ha obrado así y hoy no se detiene. Puede haber algunos hombres, grandes en la infidelidad, acérrimos en oposición a la Cruz de Cristo, pero, sin pedir su consentimiento, el Espíritu Santo puede derribar al fuerte y hacer que el valiente se doblegue. Cuando hablamos del Dios Omnipotente, no hay nada demasiado grande para que Él lo haga. Pero, amados, a Dios le ha placido dar gran honor a los instrumentos.

Podría trabajar sin él si quisiera, pero no lo hace. Sin embargo, este es el primer pensamiento que quiero darte. Si quieres que el Espíritu Santo se ejerza entre nosotros, primero debes mirar a Él y no a los instrumentos. Cuando Jesucristo predicó, había muy pocos convertidos bajo Él y la razón fue que el Espíritu Santo no fue derramado abundantemente. Él mismo tenía el Espíritu Santo sin medida, pero sobre otros el Espíritu Santo aún no había sido derramado.

Jesucristo dijo: "Obras mayores que estas haréis porque yo voy a mi Padre, para enviar el Espíritu Santo".

Y recuerde que aquellos pocos que se convirtieron bajo el ministerio de Cristo no fueron convertidos por Él, sino por el Espíritu Santo que descansó sobre Él en ese momento. Jesús de Nazaret fue ungido del Espíritu Santo. Ahora bien, si Jesucristo, el gran Fundador de nuestra religión, necesitaba ser ungido del Espíritu Santo, ¿cuánto más nuestros ministros? Y si Dios siempre hiciera la distinción, incluso entre Su propio Hijo como instrumento y el Espíritu Santo como agente, ¿cuánto más deberíamos tener cuidado de hacer eso entre pobres hombres insignificantes y el Espíritu Santo?

Que nunca más te oigamos decir: "Tantas personas fueron convertidas por Fulano de Tal". No fue así. Si se convirtieron, no fueron convertidos por el hombre. Se debe usar la instrumentalidad, pero el Espíritu debe tener el honor de ello. No rindáis más una reverencia supersticiosa al hombre. No pienses más que Dios está atado a tus planes y a tus organismos. No imaginen que con tantos misioneros de ciudad se hará tanto bien. No digas, "Tantos predicadores; tantos sermones, tantas almas salvadas". No digas: "Tantas Biblias, tantos tratados, tanto bien hecho". No es así, usa estos, pero recuerda que no es en esa proporción que viene la bendición. Es tanto Espíritu Santo, tantas almas reunidas.

Y ahora otro pensamiento. Si queremos tener el Espíritu, amados, cada uno de nosotros debe tratar de honrarlo. Hay algunas Capillas en las que, si entraras, nunca sabrías que hay un Espíritu Santo. María Magdalena dijo en la antigüedad: "Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto". Y el cristiano podría decirlo a menudo, porque no se dice nada acerca del Señor hasta que llegan al final, y luego solo está la bendición, o de lo contrario no sabrías que hay tres Personas en un solo Dios. Hasta que nuestras Iglesias honren al Espíritu Santo, nunca lo veremos abundantemente manifestado en medio de nosotros. Que el predicador siempre confiese antes de predicar que confía en el Espíritu Santo. Que quemee sus manuscritos y dependa del Espíritu Santo. Si el Espíritu no viene en su ayuda, que se quede quieto y que la gente vaya a sus casas y oren para que el Espíritu lo ayude el próximo domingo.

¿Y tú también, en el uso de todos tus medios, siempre honras al Espíritu? A menudo comenzamos nuestras reuniones religiosas sin oración. Todo está mal. Debemos honrar al Espíritu, a menos que lo pongamos primero, Él nunca hará coronas para que las usemos. Obtendrá victorias, pero tendrá el honor de ellas y si no le damos el honor, nunca nos dará el privilegio y el éxito. Y lo mejor de todo, si quieres tener el Espíritu Santo, reunámonos para orar fervientemente por Él.

Recuerde, el Espíritu Santo no vendrá a nosotros como Iglesia a menos que lo busquemos. "Porque esta cosa será solicitada por la casa de Israel para hacerla por ellos". Nos proponemos durante la próxima semana celebrar reuniones de oración especial, para suplicar por un renacimiento de la religión. El viernes por la mañana inauguré la primera reunión de oración en Trinity Chapel, Brixton. Y creo que a las siete en punto teníamos reunidas unas doscientas cincuenta personas. Fue una vista agradable. Durante la hora, nueve hermanos oraron, uno tras otro. Y estoy seguro de que allí había espíritu de oración.

Algunas personas presentes enviaron sus nombres, pidiendo que hiciéramos peticiones especiales para ellos. Y no dudo que las oraciones serán contestadas. En Park Street, el lunes por la mañana, tendremos una reunión de oración de ocho a nueve. Luego durante el resto de la semana habrá una Reunión de Oración en la mañana de siete a ocho. El lunes por la noche tendremos la reunión de oración habitual a las siete, cuando espero que asista un gran número. Descubrí que mi hermano, Baptist Noel, ha comenzado Reuniones de Oración matutinas y vespertinas, y han hecho lo mismo en Norwich y en muchas ciudades de provincia, donde, sin ninguna presión, la gente se encuentra dispuesta a asistir.

Ciertamente no esperaba ver a unas doscientas cincuenta personas reunidas a primera hora de la mañana para orar. Creo que fue una buena señal. El Señor ha puesto la oración en sus corazones y por eso estaban dispuestos a venir. "Pruébenme ahora aquí, dice el Señor de los ejércitos, y vean si no derramo sobre ustedes una bendición que no haya lugar para recibirla". Reunámonos y oremos y si Dios no nos escucha, será la primera vez que rompe Su promesa.

Venid, subamos al santuario. Reunámonos en la casa del Señor y hagamos una súplica solemne. Y repito, si el Señor no desnuda Su brazo a la vista de todo el pueblo, será al revés de todas Sus acciones anteriores, será lo contrario de todas Sus Promesas y contradictorio consigo mismo. Solo tenemos que probarlo y el resultado es seguro en dependencia de Su Espíritu. Si tan sólo nos reunimos para orar, el Señor nos bendecirá, y todos los confines de la tierra le temerán. Oh Señor, levántate a Ti mismo a causa de Tus enemigos. Saca tu diestra de dentro de tu seno, oh Señor Dios nuestro, por amor de Cristo. Amén.